



El Mercurio, Santiago, 22-VIII-1976 P. 10.

692286

por Pedro Labra

# Un Ruseñor del año 3.400

**P**ARA EL TEATRO resulta bastante desventajoso competir en el campo de la ciencia-ficción con el cine o la literatura. El cúmulo de antecedentes que debe asimilar el receptor puede transformarse en unos cuantos párrafos descriptivos o en algunas secuencias. En cambio, en el teatro es difícil encontrar los recursos adecuados, y la acción está limitada por el espacio físico del escenario.

Sin embargo, la nueva compañía llamada Círculo de Actores se atrevió a debutar presentando la primera obra teatral de ciencia-ficción jamás estrenada por un autor chileno: *Los Habitantes del Ruseñor*, del actor Archibaldo Larenas. El escenario estrecho de la sala Alejandro Flores (ex-Talia) se trasladó al siglo XXXV para mostrar un mundo con seres totalmente computados y programados.

¿Hombres—máquinas o máquinas—hombres? En el acto único de la pieza, se plantea esta interrogante. La verdad es que la obra cojea por el lado del texto. En primer término, hay que señalar que la ciencia ficción tiene validez en la medida en que presenta proyecciones al

futuro de preocupaciones actuales del hombre —lo que permite un distanciamiento de análisis— y proyecta además la ciencia actual hacia sus logros del porvenir. En *Los Habitantes del Ruseñor*, no hay una proyección científica de peso, lo cual no es absolutamente necesario ya que recargaría la sustancia escénica. Y en cuanto al primer sentido, la obra es sin duda y en la forma más evidente, un alerta sobre la deshumanización del hombre masificado, sobre la pérdida del amor y el contacto afectivo, sobre la rutina de la existencia.

Pero lo malo es que Archibaldo Larenas desarrolla su tema en forma confusa. Cataratas de explicaciones en un comienzo sobre la situación de los cuatro personajes: padre, madre e hija, más un extraño que recibe el nombre de Integrador; se da una reseña de cómo se llegó a ese estado, quien gobierna el Gran Programador, cómo el conocimiento y el saber están censurados, cómo estos seres anhelan ser inmortales y temen ser desactivados, cómo han pasado por distintas etapas o "modelos" hasta llegar al IV Modelo, Ruseñor. Al abuso de palabras futuristas tales como "crono-sincronización" y todo el léxico de terminología similar se agrega el hecho de que Ruseñor es el modelo, el lugar y también el nombre del computador, cuya voz se oye constantemente imponiendo el orden, castigando o atendiendo a las peticiones de los personajes. El resultado es de una confusión notable para el espectador; hay demasiadas cosas que quedan sin respuesta y demasiados detalles ambiguos e innecesarios. Los momentos más directos de contacto con el público son los viajes al recuerdo de las formas de amor que se practicaban en el siglo XV (Romeo y Julieta) y en el siglo veintitantos. Otro punto es que el texto se encara, sólo a ratos, con una sonrisa irónica, lo que lleva hasta integrar chistes "chilensis" que no guardan ninguna coherencia ni unidad con el total.

A pesar de la difícil comprensión, la pieza puede resultar discretamente interesante no tanto a los que gustan de la ciencia-ficción (ya que esto puede ser fantaciencia, ciencia-imaginación o cualquier otra cosa), sino al público entendido que sepa apreciar el trabajo

serio, honesto y profesional de la puesta en escena, dirigida por José Caviedes. Se debe destacar la iluminación de Ricardo Moreno y la escenografía de Enrique Núñez, que aprovechó al máximo el espacio disponible, sacando partido a los distintos niveles y creando un ambiente laberíntico y sugerente. El problema de esta última es que está realizada en madera por limitaciones económicas de la compañía, material que no se asocia para nada con un mundo de los siglos venideros. El vestuario también se ve pobre y poco imaginativo.

En los actores, hay un buen trabajo de equipo, perfectamente sincronizado en una complicada planta de movimientos. Jorge Gajardo y Angela Escámez son el Padre y la Madre, y sobre todo, ella se ve muy asimilada al estilo y simpática dentro de lo confuso de su personaje (a ratos dueña de casa, mujer sometida, o cavernícola). Jorge Yáñez es el Integrador, otro rol extraño, y a su lado, la debutante Consuelo Holz, aunque tiene soltura, se ve demasiado fría e impersonal, como para parecer humana. Junto con las luces, la dirección compensó la densidad del texto, agilizándolo el movimiento sobre el escenario y al respecto hay que destacar el muy buen trabajo de expresión corporal de cada uno de los intérpretes. La inclusión de secuencias de karate, kung-fu o tai-chi, como técnica de movimiento, por la coreógrafa Sara Vial, resulta interesante sobre el escenario, pero colabora a hacer más difícil al espectador la comprensión del universo que se presenta.

Aunque parezca curioso, lo mejor de la actuación lo hace Luis Vera, que sólo aparece en el escenario para recibir los aplausos al final. Durante toda la obra es, a través de altavoces, la voz del Gran Computador, Ruseñor: con tono helado y modulación perfecta, da la idea exacta de su "personaje", el único sobre el cual no caben dudas.

La buena musicalización —con música electrónica— contribuye a mantener los nervios del público en tensión hasta el final. En algunos casos los espectadores pueden llegar al término de la hora diez minutos que dura la función bastante confundidos y, además, cansados.



## Un ruseñor del año [artículo] Pedro Labra.

Libros y documentos

### AUTORÍA

Labra Araya, Pedro

**FECHA DE PUBLICACIÓN**

1976

**FORMATO**

Artículo

**DATOS DE PUBLICACIÓN**

Un ruiseñor del año [artículo] Pedro Labra. retr.

**FUENTE DE INFORMACIÓN**

[Biblioteca Nacional Digital](#)

**INSTITUCIÓN**

[Biblioteca Nacional](#)

**UBICACIÓN**

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile